

Furia

Jonathan Kellerman

Traducción de Laura Sánchez-Crespo López



## Libros publicados de Jonathan Kellerman

1. Desaparecido
2. Obsesión
3. Furia

Título original: *Rage*

Primera edición

© Jonathan Kellerman, 2005, published by arrangement with Lennart Sane Agency AB.

Ilustración de portada: © Calderón Studio

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/ Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-668-1 Depósito legal: B-13704-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a

**[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

A mi madre, Sylvia Kellerman

Quiero agradecer especialmente su ayuda a Larry Malmberg,  
detective privado, y al agente Miguel Porras.

# 1

Un domingo lento y frío de diciembre, poco después de que Los Ángeles Lakers remontaran los dieciséis puntos de desventaja del primer tiempo y ganaran a los New Jersey Nets, recibí la llamada de un asesino.

No veía un partido de baloncesto desde la universidad, pero lo había retomado porque estaba trabajando en el desarrollo de mis habilidades para el ocio. La mujer de mi vida estaba visitando a su abuela en Connecticut, la mujer que solía estar en mi vida estaba viviendo en Seattle con su nuevo novio (de forma temporal, según ella, como si tuviera derecho a preocuparme), y todos mis casos estaban zanjados.

Tres juicios en dos meses: dos por la custodia de los hijos, uno bastante sencillo y el otro, una auténtica pesadilla; y una consulta para evaluar los daños de una niña de quince años que había perdido un brazo en un accidente de coche. Ahora todos los casos estaban archivados y estaba listo para tomarme una o dos semanas de descanso.

Me había soplado dos cervezas durante el partido y estaba amodorrado en el sofá del salón. El sonido distintivo del teléfono del trabajo me despertó. Normalmente, dejo que salte el contestador. Por qué lo cogí, es algo que todavía hoy me pregunto.

—¿Doctor Delaware?

No reconocí su voz. Habían pasado ocho años.

—Sí, ¿quién es?

—Rand.

Ahora recuerdo. Seguía arrastrando las palabras, pero ahora lo hacía con voz de barítono. Se había convertido en un hombre. En algún tipo de hombre.

—¿Desde dónde llamas, Rand?

—Estoy fuera.

—¿Has salido del correccional?

—Mmm... sí, he terminado.

Como si de un plan de estudios se tratara. A lo mejor lo había sido.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas.

*¿Qué podía decir? ¿Enhorabuena? ¿Que Dios nos ampare?*

—¿Qué te preocupa, Rand?

—¿Podría hablar con usted?

—Sí, adelante.

—Mmm, pero no así... hablar... de verdad.

—En persona.

—Sí.

Por las ventanas del salón no se veía nada. Seis cuarenta y cinco de la tarde.

—¿De qué quieres hablar Rand?

—Mmm, pues... estoy...

—¿Qué te preocupa Rand?

No hubo respuesta.

—¿Es sobre Kristal?

—Sí —afirmó con voz entrecortada.

—¿Desde dónde me llamas? —le interpelló.

—No estoy lejos de su casa.

Mi dirección profesional de casa no figura en la guía. *¿Cómo sabes dónde vivo?*

—Iré yo a buscarte, Rand. ¿Dónde estás? —le pregunté.

—Mmm, creo que en... Westwood.

—¿Westwood Village?

—Creo que... déjeme ver... —Escuché un ruido metálico al caer el teléfono.

Un teléfono con cable, tráfico de fondo. Una cabina de teléfono. Se apartó del teléfono durante más de un minuto—. Pone Westwood. Hay un enorme centro comercial, con un puente de lado a lado.

Un centro comercial.

—¿Westside Pavilion?

—Supongo.

A unos tres kilómetros al sur de la ciudad. A poca distancia de mi casa en Glen.

—¿En qué parte del centro comercial estás?

—Mmm, no estoy dentro. Puedo verlo al otro lado de la calle. Hay... creo que pone Pizza. Dos zetas... sí, pizza.

Habían pasado ocho años y apenas sabía leer. Vaya con la rehabilitación.

Me llevó un rato, pero conseguí la ubicación exacta: bulevar Westwood, al norte de Pico, en el lado este de la calle, una señal verde, blanca y roja con forma de bota.

—Estaré allí en unos quince o veinte minutos, Rand. ¿Hay algo que quieras decirme ahora?

—Mmm, podemos... ¿podemos encontrarnos en el sitio de las pizzas?

—¿Tienes hambre?

—He desayunado.

—Es la hora de cenar.

—Supongo.

—Te veo en veinte minutos.

—Vale... gracias.

—¿Estás seguro de que no hay nada que quieras decirme antes de que nos veamos?

—¿Como qué?

—Cualquier cosa.

Más ruido de coches. La espera se hizo eterna.

—¿Rand?

—No soy una mala persona.



Lo que le pasó a Kristal Malley no fue ningún misterio.

El día después de Navidad, la niña de dos años acompañó a su madre al centro comercial Buy-Rite Plaza del distrito Panorama City. La promesa de ¡grandes rebajas! y ¡descuentos increíbles! había llenado el deteriorado y decaído centro comercial de cazadores de chollos. Los adolescentes, de vacaciones de Navidad, deambulaban por la zona de restaurantes Happy Taste y se congregaban entre las estanterías de cedés de Flip Disc Music. La sala oscura y llena de barullo, Galaxy Video Emporium, rezumaba hormonas y hostilidad. El aire olía a palomitas dulces, mostaza y olor corporal. Se escapaba un aire glacial a través de las puertas mal ajustadas de la pista cubierta de patinaje sobre hielo recientemente cerrada.

Kristal Malley, una niña activa y temperamental de veinticinco meses, consiguió eludir la atención de su madre y desasirse de su mano. Lara Malley alegó que había sido una cuestión de segundos; se volvió para mirar una blusa del expositor, sintió cómo la mano de su hija se soltaba de la suya, se dio la vuelta para agarrarla de nuevo y ya no estaba allí. Abriéndose paso a codazos a través de la muchedumbre de compradores, se puso a buscar a Kristal, voceando su nombre. Gritándolo.

Llegaron los vigilantes de seguridad del centro comercial. Dos hombres de sesenta años sin experiencia policial profesional. Sus intentos de que Lara Malley se calmara para que les aclarara lo sucedido hicieron que la mujer gritara más alto y le golpeara a uno de ellos en un hombro. Los vigilantes la sujetaron y llamaron a la policía.

Catorce minutos después apareció la Policía de Valley y se inició una búsqueda tienda por tienda del centro comercial. Se examinaron todas las tiendas. Se inspeccionaron todos los aseos y almacenes. Se pidió ayuda a un grupo de Eagle Scouts. Las unidades K-9 soltaron a sus perros. Los caninos

captaron el olor de la pequeña en la tienda donde su madre la había perdido. A continuación, saturados por otros miles de olores, los perros olfatearon su rastro hasta la salida este del centro comercial y se detuvieron confusos.

La búsqueda duró seis horas. La policía habló con todos los compradores que se marchaban. Ninguno había visto a Kristal. Anocheció. Buy-Rite cerró. Dos detectives de Valley se quedaron y revisaron las cintas de vídeo de seguridad del centro comercial.

Las cuatro máquinas utilizadas por la empresa de seguridad estaban anticuadas y en mal estado, y las películas en blanco y negro eran oscuras, estaban granuladas, y se quedaban en blanco durante minutos.

Los detectives se centraron en el periodo de tiempo inmediatamente posterior a que se denunciara la desaparición de Kristal Malley. Ni eso fue fácil; las lecturas digitales de las máquinas desaparecieron de tres a cinco horas. Al final, se localizaron los fotogramas correctos.

Y ahí estaba.

Una toma larga de una figura diminuta en volandas entre dos varones. Kristal Malley llevaba chándal al igual que la figura. Sus diminutas piernas pateaban.

Tres figuras salían del centro comercial por la salida este. Nada más; ninguna cámara grabó el aparcamiento.

Los detectives vieron de nuevo la cinta en busca de detalles. El secuestrador más grande llevaba una camiseta de color pálido, vaqueros y unos zapatos claros, probablemente zapatillas de deporte. Pelo corto y oscuro. Según los detectives, parecía corpulento.

No tenían rasgos faciales. La cámara, situada en lo alto, en una esquina, recogía imágenes frontales de los compradores que entraban, pero solo la espalda de los que salían.

El segundo varón era más bajo y delgado que su compañero, tenía el pelo más largo y parecía rubio. Llevaba una camiseta oscura, vaqueros y zapatillas de deporte.

—A mí me parece que son niños —comentó, Sue Kramer.

—Estoy de acuerdo —afirmó, Fernie Reyes.

Siguieron viendo la cinta. Kristal Malley, que iba agarrada por los captores, se giró un instante y la cámara captó su cara durante dos coma tres segundos.

Demasiado lejos y mal enfocado como para detectar algo más que un pequeño y pálido disco. La detective encargada del caso, una supervisora de rango DII, llamada Sue Kramer, dijo:

—Fíjate en el lenguaje corporal. Está forcejeando.

—Y nadie se da cuenta —afirmó su compañero, Fernando Reyes, señalando a la multitud de compradores que no cesaba de entrar y salir del centro

comercial. La gente esquivaba a la niña como si fuera un pecio en un puerto deportivo.

—Probablemente todo el mundo pensara que estaban jugando —comentó Kramer—. Dios mío.

Lara Malley vio la cinta entre lágrimas y sollozos y no reconoció a ninguno de los dos captores.

—¿Cómo podría? —gimoteó ella—. Aunque les conociera, están muy lejos.

Kramer y Reyes se la pusieron otra vez. Y otra. Así, hasta seis veces. Tras cada visionado, negaba más lentamente con la cabeza. Para cuando un agente entró en la sala de seguridad y anunció que su padre estaba ahí, la pobre mujer ya estaba casi catatónica.

Los detectives, imaginándose que el salón recreativo atraía niños al centro comercial, hicieron pasar al dueño de Galaxy y a los dos empleados que habían estado de servicio, los hermanos Lance y Preston Kukach, dos frikis con acné de unos veinte años que habían dejado los estudios.

El dueño no tardó ni un segundo en decir:

—La cinta es una mierda pero ese es Troy.

Era un ingeniero licenciado en el Instituto de Tecnología de California de cincuenta años llamado Al Nussbaum, que había ganado más dinero en tres años con las máquinas recreativas que en diez en el Laboratorio Jet Propulsion. Ese día, se había llevado a sus propios hijos a montar a caballo y había vuelto para comprobar los recibos.

—¿Cuál de los dos es Troy? —preguntó Sue Kramer.

Nussbaum señaló al niño más pequeño de la camiseta oscura.

—Viene aquí constantemente. Siempre lleva esa camiseta. Es una camiseta de Harley. ¿Ve el logo ahí?

Su dedo dio un golpecito en la espalda del adolescente. Para Kramer y para Reyes, el supuesto logo con alas era una mancha color gris claro.

—¿Cuál es el apellido de Troy? —preguntó Kramer.

—Ni idea, pero es un cliente habitual.

Nussbaum miró a Lance y a Preston. Los hermanos asintieron.

—Chicos, ¿qué clase de chaval es? —preguntó Fernie Reyes.

—Un gilipollas —contestó Lance.

—Una vez le pillé intentando robar una ficha —comentó Preston—. Se inclinó sobre el mostrador justo cuando estaba allí y cogió un tubo. Cuando se lo quité, intentó pegarme, pero le di una paliza.

—¿Y dejaste que volviera? —interpeló Nussbaum.

El empleado se puso colorado.

—Tenemos una política —explicó Nussbaum a los detectives—. Si alguien roba, no vuelve a entrar. ¡Y encima te pegó!

Preston Kukach miraba fijamente al suelo.

—¿Quién es el otro? —preguntó Sue Kramer señalando al chico más grande.

Preston siguió mirando al suelo.

—Si lo sabes, suéltalo —le exigió Al Nussbaum.

—No sé su nombre. Viene de vez en cuando, nunca juega.

—¿Qué hace? —preguntó Sue Kramer.

—Pasar el rato.

—¿Con quién?

—Con Troy.

—¿Siempre con Troy?

—Sí.

—Troy juega y este otro pasa el rato.

—Sí.

—Ahora que saben quiénes son, ¿por qué no van rápidamente a por ellos en busca de esa niña? —preguntó Al Nussbaum.

Reyes se volvió hacia los empleados:

—¿En qué consiste lo de pasar el rato?

—Él anda por ahí mientras Troy juega —contestó Lance.

—¿Intentó robar alguna vez?

Los hermanos Kukach negaron con la cabeza.

—¿Alguna vez habéis visto a alguno de ellos con niños más pequeños?

—No —contestó Lance.

—Nunca —afirmó Preston.

—¿Qué más podéis contarnos sobre ellos? —preguntó Reyes.

Se encogieron de hombros.

—Cualquier cosa chicos. Esto es grave.

—Soltadlo —dijo Al Nussbaum.

—No sé, pero puede que vivan cerca de aquí —comentó Lance.

—¿Por qué dices eso? —interpeló Sue Kramer.

—Porque les he visto marcharse, salir hacia el aparcamiento y seguir andando hasta la calle. Nadie venía a recogerlos en coche, ¿sabe lo que digo?

—¿Salir por qué puerta?

—Por la que da al aparcamiento.

—Las tres salidas dan al aparcamiento, Lance —observó Al Nussbaum.

—La que está cerca de la basura —especificó Lance.

Fernie Reyes echó una mirada a su compañera y se marchó.

No había nadie en los contenedores cercanos a la salida este.

Cinco horas más de indagaciones por el vecindario sirvieron para finalmente identificar a los dos chavales. Ambos vivían en un complejo de viviendas para familias de bajos ingresos que, como una cicatriz, atravesaba el parque cubierto de maleza, paralelo a la parte trasera del centro comercial. Doscientas viviendas chapuceras de una sola habitación, financiadas por el gobierno federal, distribuidas por cuatro edificios de tres plantas, cercados por una valla de tela metálica llena de agujeros. Un lugar descuidado parecido a una cárcel muy conocido por los agentes que patrullaban por aquella zona (la llamaban la Ciudad 415 por el artículo del código penal sobre alteración del orden público).

El administrador del edificio 4 vio la cinta un segundo y señaló al chaval más pequeño.

—Troy Turner. La policía ya anduvo por aquí buscándolo. Concretamente, la semana pasada.

—¿De verdad? —preguntó Sue Kramer.

—Sí. Pegó a su madre con un plato, le partió la cara.

El administrador se masajeó su pómulo sin afeitarse.

—Antes de eso, asustaba a algunos de los niños pequeños.

—¿Asustarles cómo?

—Les agarraba, les daba empujones y agitaba un cuchillo por el aire. Tendríais que haberlo encerrado. ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Quién es el más grande? —preguntó Reyes.

—Randolph Duchay. Sufre algún tipo de retraso, pero no es problemático. Si ha hecho algo, probablemente sea por culpa de Troy.

—¿Cuántos años tienen? —preguntó Fernie Reyes.

—A ver que piense... —dijo el administrador—. Creo que Troy tiene doce y puede que el otro tenga trece.



Los detectives encontraron a los chicos en el parque.

Ahí estaban, sentados a oscuras en unos columpios, fumando, los extremos encendidos de los cigarrillos parecían luciérnagas naranjas. Sue Kramer podía oler la cerveza a metros de distancia. Cuando ella y Reyes se acercaron, Rand Duchay lanzó la lata de Bud al césped, pero el más pequeño, Troy Turner, ni siquiera hizo el ademán de esconderla.

Dio un largo trago mientras ella se acercaba. Devolviéndole la mirada fijamente y mandándola a la mierda con la mirada más indiferente que había visto en mucho tiempo.

Si no tenemos en cuenta su mirada, era un niño sorprendentemente pequeño, de aspecto débil, con unos brazos raquíuticos y una cara pálida y triangular bajo una enmarañada mata de pelo rubio ceniza. Se había rapado los laterales de la cabeza, lo que hacía que la parte de arriba pareciera más larga. El administrador había dicho que tenía doce; pero aparentaba menos.

Randolph Duchay era grande y ancho de espaldas, con pelo ondulado, corto y marrón, labios gruesos y cara hinchada llena de granos de aspecto brillante. Sus brazos ya habían empezado a marcar las venas y estaban algo definidos. A él, Sue le hubiera echado quince o dieciséis años.

Grande y asustado. La linterna de Sue puso de inmediato de manifiesto su miedo, el sudor de su frente y nariz. Una gota de suciedad corría por su barbilla llena de granos. Repetidos parpadeos.

Se abalanzó sobre él señalándole a la cara con el dedo.

—¿Dónde está Kristal Malley?

Randolph Duchay negó con la cabeza. Se echó a llorar.

—¿Dónde está? —repitió.

El chico se encogió de hombros. Cerró con fuerza los ojos y empezó a acunarse.

Lo levantó bruscamente. Fernie hacía lo mismo con Troy Turner y le hacía la misma pregunta.

Turner toleraba que lo cachearan con pasividad. Su cara estaba tan blanca como la cal.

Sue apretó el brazo de Duchay. Los bíceps del chico estaban tan duros como una piedra; si se resistiera sería un problema. Llevaba la pistola en la cadera, enfundada, fuera del alcance.

—¿Dónde coño está, Randy?

—Rand —repuso Troy Turner—. No es Randy.

—¿Dónde está Kristal, Rand?

No hubo respuesta. Sue apretó más fuerte, le clavó las uñas. Duchay chilló y señaló hacia la izquierda. Pasados los columpios, al otro lado del área de juegos, hacía un par de servicios públicos construidos de hormigón.

—¿Está en los servicios? —preguntó Fernie Reyes.

Rand Duchay negó con la cabeza.

—¿Dónde está? —refunfuñó Sue—. Dímelo ahora mismo.

Duchay señaló hacia la misma dirección.

Pero estaba mirando hacia otra parte. Hacia la derecha de los servicios. Al lado sur del bloque de hormigón, donde sobresalía una esquina de metal oscuro.

Contenedores de parque. Dios mío.

Ella esposó a Duchay y le metió en la parte trasera del Crown Victoria. Fue corriendo a echar un vistazo. Para cuando volvió, Troy también estaba esposado. Sentado al lado de su amigo, seguía sereno.

Fernie esperaba fuera del coche. Cuando la vio, levantó una ceja con curiosidad.

Sue negó con la cabeza.

Fernie llamó al juez de instrucción.

Los chavales ni siquiera habían intentado esconderlo. El cuerpo de Kristal yacía encima de cinco días de basura del parque, totalmente vestida, pero sin un zapato. El calcetín blanco de debajo estaba sucio en la punta del dedo gordo del pie. El cuello de la niña estaba roto como el de una muñeca abandonada. Con un cuello tan delicado, Sue se imaginó que había muerto instantáneamente (lo deseó). Varios días después, el oficial de instrucción confirmó sus sospechas: varias vértebras cervicales rotas, tráquea fracturada y derrame cerebral concomitante. El cuerpo también presentaba dos docenas de moratones y heridas internas que podrían haber resultado mortales. No había indicios de abuso sexual.

—¿Realmente importa?—planteó el patólogo que había realizado la autopsia. Un tipo duro por lo general llamado Banerjee. Cuando informó a Sue y a Fernie parecía derrotado y mayor.

Encerrado en una celda de detención temporal, Rand, no Randy, Duchay permanecía encorvado, inmóvil y en silencio. Había dejado de llorar y sus ojos estaban vidriosos y como en trance. Su celda apestaba. Sue había oído ese hedor salvaje muchas veces. Miedo, culpa, hormonas y yo qué sé qué más.

La celda de Troy Turner olía ligeramente a cerveza. Las latas que habían encontrado los detectives indicaban que cada uno de los chicos se había tomado tres Bud. Teniendo en cuenta el peso de Troy, no era una cantidad insignificante, pero no parecía borracho. Ojos secos, calmado. Se pasó todo el trayecto a la comisaría mirando por la ventana del coche de incógnito mientras este atravesaba calles oscuras de Valley. Como si de una excursión se tratara.

Cuando Sue le preguntó si había algo que quisiera decir, profirió un pequeño y extraño gruñido.

Un sonido de viejo gruñón, enfadado. Como si le hubieran estropeado los planes.

—¿Qué significa eso, Troy?

Entornó los ojos. Sue tenía dos hijos, uno de ellos tenía doce años. Turner le daba miedo. Se forzó a sí misma a mirarle fijamente hasta que, finalmente, apartó la mirada y profirió otro gruñido.

—¿Te sucede algo, Troy?

—Sí.

—¿El qué?

—¿Me puedo fumar un piti?

Al final, resultó que los dos chicos tenían trece años; Troy era el mayor, a un mes de cumplir los catorce. Ninguno conocía a Kristal Malley. Según los informes, la pareja se quedó sin monedas; al salir del salón recreativo, vieron a la pequeña deambulando con aire perdido por el centro comercial. Tras decidir que sería divertido jugar un rato, le dieron a Kristal un caramelo rancio del bolsillo arenoso de los vaqueros de Rand, y ella les siguió por voluntad propia.

A pesar de que las pruebas lo negaban, insinuaciones de agresión sexual teñían la prensa local. La prensa nacional y las agencias de noticias se hicieron eco de la historia, inclinándose por lo morboso, distribuyendo la noticia a sus clientes internacionales.

Eso atrajo el típico enjambre de tertulianos, intelectuales públicos y otros buitres dando su opinión. La situación idónea para los escritores de artículos de opinión.

El desencadenante obvio de tal atrocidad fue: pobreza; ruptura social desenfundada; violencia en los medios; comida basura y mala alimentación; erosión de los valores familiares; impiedad; fracaso de la religión organizada para satisfacer las necesidades del estrato social más bajo; ausencia de enseñanza de la moralidad en los colegios; absentismo escolar; insuficiente financiación estatal para programas sociales; y demasiado control gubernamental sobre la vida de los ciudadanos.

Un genio, un experto financiado por la fundación Ford, trató de relacionar el asesinato con la temporada de ventas posterior a Navidad; el materialismo pernicioso lleva a la frustración que, a su vez, lleva al asesinato. Lo había llamado «rabia adquisitoria». Eso mismo pasa todo el tiempo en las favelas de Brasil.

—Comprar compulsivamente hasta que saltas a la yugular de alguien —dijo Milo por aquel entonces—. Qué tontería.

No habíamos comentado mucho el caso y yo me había pasado hablando casi todo el rato. Milo había solucionado cientos de casos, pero este le preocupaba.

El alboroto en los medios de comunicación duró mucho tiempo. En la estación central de policía, se inició el proceso legal de forma pausada y triste. Los chicos estaban en el pabellón de delitos mayores de la cárcel del condado. Ambos eran demasiado jóvenes para una vista 707 en la que se determinara si podían o no ser juzgados como adultos; la mayor parte de los expertos consideraba que la disposición terminaría en el Tribunal de Menores.

Invocando la brutalidad del delito, la oficina del fiscal del distrito realizó una petición especial para que el caso fuera elevado al Tribunal Superior. Los abogados de oficio de Troy Turner y Randolph Duchay, designados por el juzgado, presentaron documentos oponiéndose con firmeza a ello. Se dedicaron un par de días más de columnas editoriales a dicho asunto. A continuación, otro periodo de calma, mientras se instruía el caso y se nombraba a un juez para la vista.

El juez de menores Thomas A. Laskin III (antiguo fiscal del distrito con experiencia en procesar a miembros de bandas) tenía reputación de hueso duro. En la sala de la audiencia se rumoreaba que aquello iba a ponerse interesante.

Me llamaron tres semanas después del asesinato.

—¿Señor Delaware? Tom Laskin. No nos conocemos, pero el juez Bonnaccio me ha dicho que es usted la persona adecuada para el trabajo.

Peter Bonnaccio llevaba dos años en el cargo de juez presidente del Tribunal Superior, División de Familia, y había testificado ante él. Al principio no me gustó, pensaba que sus decisiones en materia de custodia eran precipitadas y

superficiales. Me equivoqué. Hablaba rápido, contaba chistes y a veces estaba fuera de lugar. Pero sus decisiones estaban muy bien fundamentadas y acertaba más veces de las que se equivocaba.

—¿De qué trabajo se trata juez? —pregunté.

—Tom, soy el afortunado que se encarga del asesinato de Kristal Malley y necesito una evaluación psicológica de los acusados. Está claro que la cuestión principal es determinar si hubo suficiente premeditación y capacidad mental antes y durante la comisión del asesinato como para certificar que los acusados tenían capacidad psicológica de adulto. El fiscal del distrito ha abierto nuevos caminos pero, por experiencia propia, la edad mínima de dieciséis años para una vista 707 es inviolable. Cuestión número dos, y esta es tan personal como oficial, me gustaría comprender su forma de actuar. Tengo tres hijos y, para mí, nada de esto tiene sentido.

—Es un caso difícil —reconocí—. Por desgracia, no puedo ayudarle.

—¿Cómo?

—No soy la persona que busca para el trabajo.

—¿Por qué no?

—Los tests psicológicos pueden revelar cómo funciona uno intelectual y emocionalmente en el momento, pero no dicen nada sobre estados mentales pasados. Además, se desarrollaron para medir cosas como problemas de aprendizaje y virtuosismo, no comportamientos homicidas. En cuanto a lo que hace funcionar a estos chicos, mi formación es incluso menos útil. Somos buenos creando normas sobre comportamiento humano, pero malos comprendiendo excepciones.

—Hablamos de comportamiento extraño —observó Laskin—, ¿eso no es competencia suya?

—Tengo opiniones, pero son solo eso, mi punto de vista personal.

—Lo único que quiero saber es si estaban pensando como niños o como adultos.

—No podría decir nada científicamente definitivo al respecto. Si otros psiquiatras le dicen lo contrario, le están mintiendo.

Se rió.

—Peter Bonnaccio me advirtió de que podía ponerse así. Que es precisamente por lo que le llamé. Todo lo que haga en este caso se va a mirar con lupa. Lo último que necesito es uno de esos expertos típicos sin escrúpulos convirtiendo todo esto en un circo. No acepté sin más la opinión de Pete, que es imparcial, he hablado con otros jueces y con algunos policías. Incluso las personas que le consideran un incordio total reconocen que usted no es doctrinario. Necesito una persona imparcial. Pero con capacidad de decisión.

—¿Es usted imparcial? —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—¿No ha predeterminado ya el fallo?

Le escuché respirar. Rápido, a continuación, despacio, como haciendo esfuerzos por calmarse.

—No, aún no he decidido nada. Solo he visto las fotos de la autopsia. También he ido a la cárcel a ver a los acusados. Con la ropa de la cárcel y el pelo corto, parece que ellos mismos hayan sido secuestrados. No tiene sentido.

—Lo sé, pero...

—Corte el rollo, doctor. Hay ciudadanos íntegros que claman venganza y la Unión Americana de Libertades Civiles y sus amigos quieren sacar provecho político. Conclusión: evaluaré la información y tomaré una decisión. Pero necesito estar seguro de que cuento con la mejor información. Si no evalúa usted a los chicos, será otro, probablemente uno de esos expertos sin escrúpulos. No quiere cumplir con su obligación cívica; vale. Pero la próxima vez que pase algo malo, dígame a usted mismo que lo hizo lo mejor que pudo.

—Impresionante discurso sobre la culpabilidad.

—¡Eh! —dijo, entre risas—. Lo que haga falta. ¿Entonces qué? Hable con ellos, evalúelos, haga lo que quiera e infórmeme directamente.

—Deje que me lo piense.

—No lo piense demasiado. Bueno, qué, ¿se ha decidido ya?

—Voy a serle muy claro —afirmé—. Podría terminar sin ningún tipo de recomendación de adulto frente a menor.

—Ya cruzaré ese puente si llegamos a ese río.

—Necesitaría acceso ilimitado —aseveré— y nada de prisas.

—Sí a lo primero, no a lo segundo. Tengo que dictaminar en treinta días. Puedo ampliarlo a cuarenta y cinco, puede que a sesenta. Pero si no actúo de forma oportuna, quedaré expuesto a todo tipo de apelaciones. ¿Se apunta?

—Sí —pronuncié.

—¿Cuáles son sus honorarios?

Se lo dije.

—Elevados —comentó—, pero no fuera de nuestro alcance. Envíeme la factura directamente a mí. Puede que cobre incluso en un plazo de tiempo razonable.

—Reconfortante.

—Ese va a ser todo el confort que consiga con este caso.

Los Servicios Sociales habían evaluado a las familias de los chavales antes de asignarles al complejo de viviendas. Fue necesaria una citación, pero obtuve los registros.

Troy Turner Junior vivía con su madre, una alcohólica y cocainómana de veintiocho años llamada Jane Hannabee. Se había pasado la mayor parte de su vida adulta entrando y saliendo de centros de rehabilitación y, de adolescente, pasó dos años en un hospital psiquiátrico estatal de Camarillo. Sus diagnósticos variaban de trastorno del estado de ánimo, tipo depresivo, a trastorno esquizoafectivo. Lo que quiere decir que realmente nadie la comprendía. Durante sus intentos de desintoxicación, Troy se iba con los abuelos maternos a San Diego. El abuelo de Troy, sargento militar jubilado, pensaba que el comportamiento salvaje del chico era intolerable. Llevaba muerto siete años, y su mujer seis.

Un adicto y delincuente habitual llamado Troy Wayne Turner era el supuesto padre del chico. Jane Hannabee alegó que a los quince años compartió un chute de cocaína y una noche de sexo con el hombre de treinta y nueve años en un motel de San Fernando. Turner acaba de recurrir al robo de bancos para financiar su adicción y tras su encuentro amoroso con Hannabee lo atraparon huyendo de un Bank of America en Covina. Condenado a diez años en San Quentin, sucumbió tres años después de una enfermedad de hígado, sin haber conocido, ni reconocido, nunca a su hijo.

Poco después de que arrestaran a su hijo, Jane Hannabee se marchó de la Ciudad 415 con rumbo desconocido.

Los padres de Rand Duchay eran camioneros de larga distancia que habían fallecido en Grapevine en un accidente múltiple de treinta vehículos. Rand, de seis meses en el momento del accidente, iba en el camión, envuelto en un compartimento para almacenamiento situado detrás del asiento delantero.

Sobrevivió sin daños aparentes, y vivió toda su vida con sus abuelos, Elmer y Margaret Sieff, que no tenían estudios y habían fracasado en la agricultura y en otros negocios pequeños. Elmer murió cuando Rand tenía cuatro años y Margaret, aquejada de diabetes y problemas circulatorios, se mudó al complejo al quedarse sin dinero. Según los trabajadores sociales, lo hizo lo mejor que pudo.

Que yo supiera, ninguno de los chicos había pasado mucho tiempo en el colegio y nadie se había dado cuenta.

Presenté una solicitud para visitar a los acusados y el ayudante del fiscal del distrito pidió una cita previa. Los abogados de oficio de los acusados hicieron lo mismo. No necesitaba que ninguna de las partes me predispusiera, así que me negué. Cuando todos los abogados protestaron, el juez Laskin medió. Un día después, tenía permiso para entrar en la cárcel.

Había estado antes en la cárcel del condado, estaba acostumbrado al aspecto sombrío, a la espera, a las puertas, a los formularios. Al receloso examen de los desconfiados guardias mientras esperaba en el control de acceso. También conocía el pabellón de delitos mayores, hacía años había ido allí a visitar a un paciente. Otro chaval en la cuerda floja. Mientras andaba por el pabellón junto al guardia, me llegaban gemidos y risitas de celdas lejanas y el aire se impregnó de los hedores a excrementos y desinfectante. El mundo había cambiado, pero ese sitio no.

Las evaluaciones psicológicas se habían ordenado por orden alfabético: Randolph Duchay, primero. Estaba hecho un ovillo en un catre de su celda, mirando hacia delante, pero dormido. Le hice una señal al guardia para que se detuviera y observé durante unos segundos.

Grande para su edad, pero en ese espacio frío, amarillo crema y sin adornos, parecía insignificante.

El mobiliario consistía en un lavabo, una silla, una taza sin tapa y una balda para objetos personales que estaba vacía. Semanas tras los barrotes le habían dejado cetrino, con medias lunas negruzcas bajo los ojos, labios agrietados y una cara devastada por el acné. Le habían rapado la cabeza. Incluso desde lejos, podía ver la plaga de espinillas extendiéndose hacia el cuero cabelludo.

Le indiqué al guardia que estaba listo y abrió la celda. Al hacer clic la puerta a mis espaldas, el chico miró hacia arriba. Sus ojos marrones y apagados, apenas habían enfocado, cuando volvieron a cerrarse.

El guardia dijo:

—Paso cada cuarto de hora. Si me necesita antes, grite.

Le di las gracias, puse el maletín en el suelo y me senté en la silla. Cuando se marchó, dije:

—Hola, Rand. Soy el doctor Delaware.

—Hola.

Voz ronca y flemática, apenas por encima de un susurro. Tosió. Parpadeó varias veces. Permaneció boca abajo.

—¿Te has resfriado?

Negó con la cabeza.

—¿Qué tal te tratan?

No contestó. A continuación, se medio sentó, permaneciendo tan encorvado que su tronco estaba casi paralelo al catre. Gran torso, piernas desproporcionadamente cortas. Orejas de implantación baja, puntiagudas y dobladas hacia abajo de forma rara. Dedos cortos y gruesos. Cuello corto. Boca constantemente entreabierta. Dientes frontales pequeños y desiguales. Cuadro general: señales neurológicas suaves, evidencias de anormalidad que no reunían las condiciones de ningún tipo de síndrome formal.

—Soy psicólogo, Rand. ¿Sabes lo que es?

—Una especie de médico.

—Exacto. ¿Qué tipo?

—Mmm...

—Los psicólogos no ponemos inyecciones ni examinamos el cuerpo.

Se estremeció. Como cualquier otro preso, había pasado por el examen físico completo.

—Yo me ocupo de cómo te sientes emocionalmente —añadí.

Levantó la vista. Me toqué la frente.

—Lo que tienes en la cabeza.

—Como un psiquiatra.

—¿Qué sabes de los psiquiatras?

—Chiflados.

—¿Los psiquiatras son para los chiflados?

—Ajá.

—¿Quién te ha dicho eso, Rand?

—La abu.

—¿Tu abuela?

—Ajá.

—¿Qué más te ha dicho sobre los psiquiatras?

—Si no me portaba bien, me mandaría a uno.

—¿A un psiquiatra?

—Ajá.

—¿Qué quiere decir «portarse bien»?

—Ser bueno.

—¿Cuándo te dijo eso tu abuela?

Pensó la respuesta; parecía estar realmente intentando averiguar la respuesta.  
Se cansó y quedó mirando sus rodillas.

—¿Fue antes o después de entrar en la cárcel?

—Antes.

—¿Estaba tu abuela enfadada cuando te lo dijo?

—Más o menos.

—¿Qué es lo que la enfadó?

Su granulosa piel enrojeció.

—Cosas.

—¿Cosas? —pregunté.

No contestó.

—¿Ha venido tu abuela a verte?

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia viene?

—A veces.

—¿Tenía algo más que decirte?

Silencio.

—¿No? —le pregunté.

—Me *trayó* comida.

—¿Qué te trajo?

—Oreo —contestó. Está enfadada.

—¿Por qué?

—Porque lo he estropeado.

—¿Qué has estropeado?

—Todo.

—¿Cómo lo has hecho?

Parpadeó. Cerró los ojos.

—Mi pecado.

—¿Tu pecado?

—Matar a la niña.

Se tumbó de espaldas y se tapó los ojos con un brazo.

—¿Te sientes mal por eso? —pregunté.

No contestó.

—Por matar a la niña —instigué.

Se apartó de mí rodando y se puso de cara a la pared.

—¿Cómo te sientes por lo que le pasó a la niña, Rand?

Pasaron varios segundos.

—¿Rand?

—Se rió.

—¿Quién se rió?

—Troy.

—¿Troy se rió?

—Ajá.

—¿Cuándo?

—Cuando la golpeó.

—Troy se rió cuando golpeó a Kristal.

Silencio.

—¿Le hizo Troy algo más a Kristal?

Se quedó inerte durante casi un minuto, a continuación, rodó hacia mí. Entreabrió los ojos. Se chupó los labios.

—Es duro hablar de esto —comenté.

Asintió levemente con la cabeza.

—¿Qué más le hizo Troy a la niña?

Se sentó con movimientos rígidos y torpes típicos de una persona mayor, y rodeó su propio cuello con sus manos e hizo una pantomima de un estrangulamiento. Fue mucho más que mínima; sus ojos se abrieron de par en par, su cara se volvió rojo escarlata y sacó la lengua.

—Troy asfixió a la niña —afirmé.

Sus nudillos emblanquecieron al apretar más fuerte.

—Ya basta, Rand.

Empezó a acunarse mientras sus dedos se hundían en la carne. Me levanté, le solté las manos. Chico fuerte; me costó mucho trabajo hacerlo. Respiró entrecortadamente, hizo ruido de arcadas y se dejó caer con brusquedad. Permanecí a su lado hasta que su respiración se calmó. Se llevó las rodillas al pecho. Las marcas de presión enrojecieron su cuello.

Redacté una nota para que se le vigilara por riesgo de suicidio.

—No vuelvas a hacerlo, Rand.

—Lo siento.

—Te sientes mal por lo que le pasó a la niña.

No dijo nada.

—Viste a Troy cómo asfixiaba y pegaba a la niña y pensar en ello te hace sentir realmente mal.

En la radio de alguien sonaba una canción de hip-hop. Se oyeron pasos a lo lejos, pero nadie apareció.

—Te sientes mal por haber visto a Troy —insistí.

Masculló algo.

—¿Qué dices, Rand?

Sus labios se movieron sin pronunciar palabra.

—¿El qué, Rand?

El guardia que me había escoltado pasó por delante, escudriñó la celda y siguió caminando. No habían pasado quince minutos. El personal estaba teniendo especial cuidado.

—¿Rand?

—Yo también la pegué —confesó.

Durante la semana siguiente, lo veía a diario, teníamos dos sesiones de una hora, una por la mañana, otra por la tarde. En vez de abrirse, sufrió una regresión, se negó a revelar nada más acerca del asesinato. Dedicué la mayor parte del tiempo a las pruebas formales. El interrogatorio clínico fue todo un reto. Algunos días permanecía decididamente mudo; lo máximo a lo que podía aspirar era a respuestas pasivas y monosilábicas a preguntas de sí o no.

Cuando saqué el tema del secuestro, parecía confundido sobre por qué había participado, más sorprendido que horrorizado. Parte de eso era negación, pero me imaginaba que su bajo intelecto también tenía algo que ver. Cuando se estudian minuciosamente las historias de chavales muy violentos, con frecuencia se descubren lesiones de cabeza. Me pregunté acerca del accidente que había matado a sus padres pero que le había librado de daños evidentes.

Su puntuación en el test de inteligencia Wechsler no fue ninguna sorpresa: cociente intelectual total de 79, con graves déficits en razonamiento verbal, expresión lingüística, conocimiento factual y lógica matemática.

Tom Laskin quería saber si estaba actuando como un adulto cuando mató a Kristal Malley. Incluso si Rand tuviera treinta y cinco años, eso seguiría siendo una pregunta relevante.

El T. A. T. y el Rorschach no sirvieron para nada: estaba demasiado deprimido y empobrecido intelectualmente como para dar respuestas significativas a las tarjetas. La puntuación de cociente intelectual del test de Peabody no fue superior a la de la parte más verbal del test Wechsler. En la prueba del dibujo de una persona pintó un monigote enano, sin extremidades, con dos pelos y sin boca. Mi petición de que hiciera un dibujo libre, tuvo como consecuencia una mirada confundida. Cuando le sugerí que se dibujara a sí mismo con Troy, se resistió fingiendo que estaba dormido.

—Pinta cualquier cosa, entonces.

Permaneció tumbado, respirando por la boca. El acné incluso había empeorado. Sugerir una consulta dermatológica hubiera provocado las risas burlonas del personal de la cárcel.

—¿Rand?

—Mmm.

—Pinta algo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Retorcí la boca como si le dolieran los dientes.

—No puedo.

—Siéntate y hazlo de todas formas.

La dureza de mi tono le sobresaltó. Se me quedó mirando, pero no pudo sostener la mirada más de unos segundos. Lamentable capacidad de concentración. Puede que en parte se debiera a la privación sensorial resultante de estar encerrado, pero suponía que siempre había tenido dificultades de concentración.

Le pasé el lápiz, el papel y el tablero de dibujo. Permaneció sentado un rato, finalmente se puso el tablero en las rodillas y agarró el lápiz. La punta se quedó inmóvil sobre el papel.

—Pinta —ordené.

Su mano empezó a trazar círculos perezosamente, flotando en el aire por encima del papel. Al final hizo contacto y se puso a dibujar suaves elipses concéntricas, apenas visibles. La página empezó a llenarse. Elipses más oscuras. Los ojos cerrados mientras garabateaba. Durante dos semanas hizo eso muchísimo, ocultarse a sí mismo la realidad infernal.

Hoy, la mano del lápiz se movía más rápido. Las elipses eran más angulosas. Más chatas, más oscuras. Afilándose hacia formas picudas como lanzas.

Siguió pintando, con la punta de la lengua fuera. El papel se convirtió en una maraña negra. La mano libre se cerró en un puño aferrándose al dobladillo de la camiseta de la cárcel mientras la mano que dibujaba se movía cada vez más rápido. El lápiz se hundió y la hoja se arrugó. Se rasgó. Rajó el papel hacia abajo. Hizo círculos más rápido. Hundiendo el lápiz cada vez más mientras el papel se hacía jirones. El lápiz atravesó el papel hasta llegar al tablero de dibujo, chocó contra el resbaladizo tablero de fibras de madera y se le cayó de la mano.

Aterrizó en el suelo de la celda.

Se movió rápido, lo recogió. Exhaló. Sujetó el trozo de lápiz amarillo en una palma mugrienta y húmeda.

—Lo siento.

El papel parecía confeti. El grafito del lápiz se rompió, dejando en la punta astillas pequeñas y puntiagudas de madera.

Cogí el lápiz. Me lo metí en el bolsillo.

Tras mi última visita, de camino al aparcamiento subterráneo, escuché a alguien decir mi nombre, me giré y vi a una mujer gruesa con un vestido de flores apoyada en un bastón de aluminio. El cielo blanco apagado hacía juego con su tez. Me había despertado con el firmamento soleado de Beverly Glen,

pero la luminosidad había esquivado la mugrienta esquina de East LA dominada por la cárcel.

Dio unos pasos hacia mí y el bastón golpeó el pavimento.

—Es el psicólogo, ¿verdad? Soy la abuela de Rand.

Me acerqué a ella, le tendí mi mano.

—Margaret Sieff —se presentó, con voz de fumadora.

Su brazo libre permaneció a su lado. El vestido era una andrajosa tela estampada de algodón, con las costuras cedidas. Camelias, lirios, flores de delfinio y follaje salpicados sobre un fondo azul verdoso claro. Su pelo era blanco, corto y rizado, tan ralo que había zonas donde se le clareaba el rosado cuero cabelludo. Sus ojos azules me embaucaron. Ojos pequeños, rasgados e inquisidores. Nada que ver con los de su nieto.

—Ha estado aquí toda la semana pero nunca he recibido noticias tuyas. ¿No tiene intención de hablar conmigo?

—Tengo previsto hacerlo, pero cuando haya terminado de evaluar a Rand.

—Evaluar. —La palabra parecía afligirla.

—¿Qué cree que puede hacer por él?

—El juez Laskin me ha pedido...

—Todo eso ya lo sé —apuntó—. Se supone que tiene que decir si obró como un niño o como un adulto. ¿No está más claro que el agua? Lo que le estoy preguntando es qué puede hacer por él.

—¿Qué es lo que está más claro que el agua señora Sieff?

—Que el chico es tonto. Que está demente —afirmó, dándose en la cénrea frente con el dedo índice—. No empezó a hablar hasta los cuatro años y sigue sin hablar bien.

—Está diciendo que Rand...

—Estoy diciendo que Rand nunca será un adulto.

Que era un diagnóstico tan bueno como el que figuraba en mis notas.

Detrás de ella, alzándose sobre ambos, la reja de hormigón de la cárcel era la persiana más grande del mundo.

—Señora, ¿se queda o se marcha?

—Mi visita es dentro de dos horas. Con los autobuses de Valley es difícil calcular, así que vengo pronto. Porque si llego tarde, esos bastardos no me dejan entrar.

—¿Le apetece un café?

—¿Paga usted?

—Sí.

—Entonces, vale.